

viejos racimos de una tarde vieja
 que aplastaba su furia en los cristales
 nunca estuve en parís
 los campanarios saben
 por qué sangran a veces las palabras
 por qué gimen los pétalos terribles de las flores
 por qué un hombre se entrega a la bebida
 y un corazón se pudre reptando por las calles
 nunca estuve en parís
 y era domingo
 o jueves
 y una mujer huidiza
 arrojaba la sombra de un cadáver con sus pechos de
 nácar
 llovía
 o diluviaba
 y un crótalo de nieve
 gruñía montaraz en sus entrañas
 nunca estuve en parís
 y ya era tarde
 y caían puñetazos de todos los balcones
 y en un vaso de vino
 ahogué la roja cruz que me abrasaba

Rafael Arjona

Liturgia dolorida para César Vallejo

Te traigo, César, toda la dolencia de siempre y todavía;
 la ceniza que viene, la que queda desotro corazón,
 la universal que aúlla para luego, para antes de ahora,
 mientras llueve en Perú, llueve en el río
 de París, y en este instante nos morimos un poco más,
 morimos mucho menos remachando esta lágrima.

El hombre ha de ser bueno, sin embargo, en Santiago de Chuco,
 en Tomelloso, elevo tus palabras vegetales de música.
 No fuese nunca un hombre suficiente sino una multitud,

la procesión entera de los árboles para encender un bosque;
o en Campo de Criptana está mi firma infantil tristeando
tanta orfandad tan poca, mucha madre viudísima.

La especie humana arde en un tumulto indígena de miedo.
De abajo para arriba tú te miras el organismo; miro,
nos miramos, el cielo de la boca sin estrellas ni pájaros.
César, amigo, ausculto en tu poesía la congoja de siempre.
Ay, tanto siempre siempre, mucho siempre, cuando Dios no se ha muerto.

Dobla el dos de noviembre su paisaje, el pañuelo doblamos,
este doble de nada en que amarillan las viñas de mi tierra,
Vallejo, como un húmero que duele, no tienen, sírvete,
agua o madre siquiera mientras tanto las golondrinas unen
los crujientes versículos del aire como un pan de colores.

Aquí o allá, en los otros aguaceros rompe la vida, César.
Para llorarnos solos me hace falta tu corazón y el mío,
tantos golpes como la muerte tiene. El mundo, el nuestro,
resquebraja sus mapas de impaciencia infinita y salobre;
pero el cadáver, ay, sigue muriendo, si no le dan la mano
tantos hombres como juntarse puedan. Paz, sí, paz
para empezar más último, acabarse más temprano y primero.

Reclutemos hermosos ruiseñores, capulíes y juncos.
Traigo la luz y el cáliz de la misa para velar el pan,
y en vez de candelabros, dos cerillas para alumbrar el orbe.
A tientas nombro apenas con las yemas de mis dedos el júbilo.

Bajo el dolor perfecto de la tarde (perdonen mi tristeza)
llueve en París, arrecia en Tomelloso, colega y camarada,
todo este mal, el mal, el mal innecesario, y es ite missa est.
En Campo de Criptana ha terminado la misa del domingo,
oh, tu escuálida gramática aturdida donde aprendí las rúbricas.

Valentín Arteaga